

Los autores que Hernán Lara lleva puestos

Ana Clavel

En la novela *Auto de fe* de Elias Canetti, el personaje central, un estudioso de la cultura china, es orillado por su ama de llaves y después esposa, a llevar una biblioteca ficticia sobre su cabeza, ante la amenaza de que la grotesca mujer termine por incendiar la verdadera. Es una maravillosa locura ver al personaje de Kien cruzar las avenidas, subirse al tranvía, entrar a los comercios y oficinas como un malabarista, cuidando que su cargamento de volúmenes imaginarios se mantenga intacto. Con esta espléndida metáfora, un hombre que trae anaqueles de libros en la cabeza, Canetti pareciera hablarnos de los hombres y mujeres de letras. Muy a propósito, la imagen se me vino literalmente a la cabeza cuando leí en el prólogo de *La prisión del amor y otros ensayos narrativos* una confesión: que en sus páginas su autor iba a hablarnos de los escritores “que desde hace años lleva puestos”. La metáfora ha trascendido de la cabeza al cuerpo. Les propongo una imagen casi pornográfica. Imaginen a nuestro autor, Hernán Lara Zavala, por debajo de la ropa: lo que encontrarán es una piel tatuada con las letras de sus escritores favoritos, los que no se quita nunca ni para dormir, los que siempre lleva puestos.

En otras palabras, se trata de un paseo por la biblioteca mental de nuestro autor. Aprisionado, felizmente aprisionado, por las maravillosas “cárceles” de la imaginación que se encuentran en los libros, pero sobre todo en los libros y los autores amados: Joyce, Lowry, Faulkner, Proust, Rulfo, Stevenson, Nabokov, Nietzsche... La nómina se aglutina conforme a ejes temáticos que buscan ensayar aproximaciones y tanteos, pero también epifanías —concepto caro a uno de los autores reveren-

ciados—, iluminaciones de la lectura que insisten en su aliento y regusto narrativo, alejado de los terminajos y andamiajes académicos, para acercarnos a la mirada, al corazón, las entrañas de lo literario pero también desde el dato ameno y curioso, humano, capaz de hacernos soltar la carajada o el íntimo llanto.

Caminando por las páginas de esta prisión del amor, de sus lecturas siempre apasionadas por las obras y los creadores predilectos, uno descubre que leer es escribir desde otros. Como en los dos ensayos dedicados a Joyce —prácticamente tres si se cuenta “De novelas y ciudades”—, donde aparecen las pasiones del autor irlandés: Dublín, sus mujeres, pero sobre todo la autonomía de su arte en el entramado de una propuesta transgresora que revolucionó la tradición de la novela. Dice Lara Zavala:

nadie tan radical ni tan dotado como James Joyce, quien, utilizando un “idioma adquirido” —el inglés—, estableció desde el inicio de su carrera como escritor y como artista una independencia absoluta no sólo con respecto al imperio británico, sino con respecto a su natal Irlanda y en particular Dublín, a la que no se cansa de acusar, junto con sus habitantes, de padecer una grave hemiplejía y “parálisis”. A partir de esa actitud de rebeldía, que se va a reflejar principalmente en su lenguaje narrativo, Joyce encabezará toda una revolución, pues cambiará de manera radical lo que hasta entonces se había logrado en términos de estrategias narrativas en el campo de la ficción.

Y como prueba nuestro autor cita un fragmento de *Retrato del artista adolescente*, una verdadera carta de creencia, cuya pri-

mera versión escribiría Joyce a sus 22 años: “No serviré por más tiempo a aquello en lo que no creo, llámese mi hogar, mi patria o mi religión. Y trataré de expresarme de algún modo en la vida y en el arte tan libremente como me sea posible, tan plenamente como me sea posible [...]. No me da miedo cometer un error, aunque sea un error de importancia, un error de por vida, tan largo tal vez como la misma eternidad”.

Pero el ensayo que más me encanta de los dedicados a Joyce es el que se titula “La importancia de llamarse Giacomo” que alude al escritor irlandés como un Casanova, experto en el “amor a las sombras”, en este caso encarnadas en una joven estudiante judía, Amalia Popper, que conoce en su exilio de Trieste y a quien dedica un texto en tránsito entre la poesía y la narrativa, que nuestro autor califica con un término sugerente: “micro-novela” o, mejor aun, “novela epifánica”.

Otro de los autores elegidos es Oscar Wilde, el “príncipe de las paradojas”, cuya inteligencia quedó probada en numerosos aforismos y juegos de palabras, como aquel que lo hiciera declarar a un agente aduanal cuando se aprestaba para una gira por Estados Unidos impartiendo una serie de conferencias. A la pregunta del agente: “¿Tiene usted algo que declarar?”, Wilde contestó: “Nada salvo mi genio”. (Cómo no recordar esa otra frase de Truman Capote expresada casi cien años después: “Todavía no soy un santo pero confieso que soy alcohólico, soy adicto a las drogas, soy homosexual, soy un genio”). Otra de las frases memorables de Wilde sería: “La naturaleza imita al arte. Nuestra obligación es enseñarle cómo comportarse”. Frase premonitoria pues, si *El retrato de Dorian Gray*

es la crónica de la degradación y caída de un hombre, la obra misma no hizo sino anticiparse a la propia debacle moral de su autor. Escribe Lara Zavala:

El retrato de Dorian Gray es una novela perfecta, entre otras razones porque gracias a su dimensión más bien breve todos los elementos logran confluír de manera definitiva para crear el efecto devastador del final, la moraleja incluida. Por ello no debe extrañarnos que esta hermosa y terrible obra de extraña coloración preludiara lo que le iba a ocurrir al propio Wilde, como un augurio del porvenir, confirmando con ello, no sólo que la vida imita al arte, sino que el arte tiene un efecto profético sobre la vida del propio autor y ratificando que es uno mismo quien mata aquello que más ama. Pocos años más tarde Wilde se inmoló como un mártir, en beneficio del culto a la belleza, el placer y la juventud.

Yo sólo agregaría a esa lista la honestidad pues con toda su irreverente suficiencia, al aceptar su condición de homosexual en una Inglaterra todavía victoriana, Wilde firmó su sentencia de exclusión en una sociedad que se permitía el lujo de la mentira y la apariencia pero nunca el de ser congruente con los principios personales.

“Vivir bajo el volcán” es uno de los dos ensayos que Lara Zavala dedica a otro de esos autores que “lleva puestos”: Malcolm Lowry. Atendiendo a la máxima de Cyril Connolly respecto a que “la obligación moral y estética de un escritor es aspirar a una gran obra de arte que logre superar el paso del tiempo”, señala al considerar la debacle física y espiritual de Lowry, producto de su conocido alcoholismo, que sin embargo no mermó sus ímpetus de creación absoluta:

Yo me declaro en favor de la perfección en la obra, pues *Bajo el volcán* es una novela imbuida de un profundo sentido místico y religioso que permite que aun los que abjuran del alcoholismo puedan sentir la carga de la angustia existencial del Cónsul; es una novela que nos brinda una dolorosa imagen de la caída del hombre, de su lucha consigo mismo observada con penetrante lucidez y sentido crítico, y no

exenta, por cierto, de sentido del humor. Es también una historia que plantea la imposibilidad del amor, la soledad innata del hombre, del vano anhelo de ir más allá de sus capacidades humanas y de la condenación a la que está sujeta cualquier persona por el solo hecho de vivir en este mundo que, a veces, puede asemejarse a un infierno.

Un ensayo muy placentero es “Escribir, beber, gozar y morir”, en el que Lara Zava-

excesivos a la salud, poniendo cotos a todo acto de espontaneidad y pidiendo respeto irrestricto a las actitudes políticamente correctas y represivas en todos los ámbitos, es importante reivindicar el goce por la vida. Durante los últimos años, y sobre todo durante la administración de Bush, un fantasma recorre el mundo y ya no es precisamente el del comunismo sino el del conformismo y la mediocridad. Se trata de la tiranía de una entelequia absurda, proveniente de quién sabe dónde, pero que

© Javier Narváez



Hernán Lara Zavala

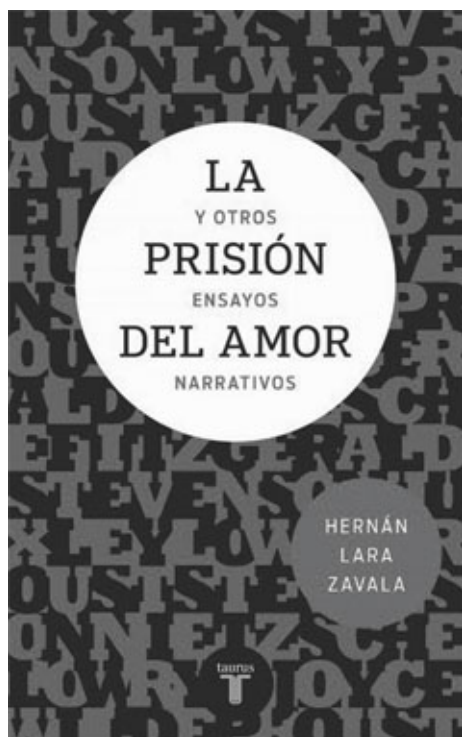
la hace un recuento de dipsómanos afamados: Charles Lamb, Bukowski, Faulkner, Fitzgerald, Poe, Capote, Styron, Hemingway, Lowry, Rulfo, Revueltas, todos ellos creadores que escribieron grandes páginas no a consecuencia sino a pesar de la bebida. A propósito nuestro autor trae a colación la frase de García Ponce que decía: “¡Es tan placentero estar borracho!”, o la de Joyce que declaraba que él nunca bebía... entre bebidas. Lo mismo que la sentencia de un bebedor nonagenario, Alí Chumacero, que afirmaba: “Toda alegría que no proviene del alcohol es ficticia”. Un homenaje necesario a los placeres del vino precisamente:

en esta época de puritanismos excesivos en donde todo mundo se rasga las vestiduras a cada momento recomendando cuidados

rige al mundo entero y lo modela a su arbitrio: prohibiendo que fumemos, bebamos, comamos, miremos a las mujeres, disfrutemos de los placeres, nos rebelemos, caigamos en cualquier exceso, critiquemos al sistema, nos salgamos de la norma. Ese fantasma desea someternos a ser todos iguales, a destruir nuestra individualidad.

Otros ensayos merecerían mayor mención de la que puedo prodigarles en estas líneas. Someramente, “Dr. J. y Mr. Hyde”, donde Lara Zavala reverencia a otro de sus autores amados: Robert Louis Stevenson. “Mito, religión e historia”, que sitúa a D. H. Lawrence como el artífice de la imagen literaria de México en la imaginación anglosajona y mundial. “Últimas palabras”, que versa sobre las dichas por personajes y autores afamados y del que

El regreso del féretro de Chéjov a Moscú tuvo un toque de ironía chejoviano. Su ataúd viajó de Alemania a Rusia en un vagón del ferrocarril que llevaba el letrero de “ostras frescas” y al llegar a Moscú sus dolientes se confundieron al escuchar a una banda militar que tocaba en honor

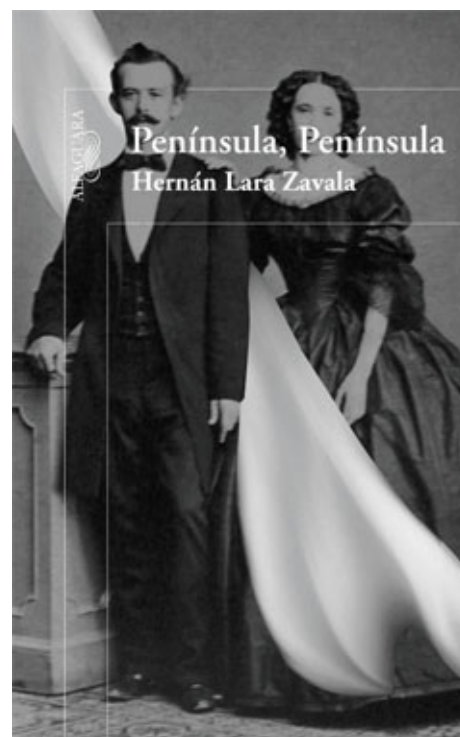


Igualmente, “La estética del fracaso”, dedicado a la vida del escritor Scott Fitzgerald y a su rival, el coloso de las letras angloamericanas, Ernest Hemingway; otro más consagrado a las distopías de Orwell y Huxley, cuya visión del futuro es esencialmente negativa, oscura y pesadillesca y cada vez más cercana a nuestras sociedades tecnologizadas y altamente productoras de seres infelices. Otro texto memorable es el destinado a la sombra luminosa y poética del filósofo alemán Friedrich Nietzsche, que vive en escritores tan diversos como Hermann Hesse, Rilke, Thomas Mann, Mallarmé, Gide, Camus, Yeats, O’Neill, Henry Miller, Bernard Shaw, y

He dejado para el final el espléndido ensayo que da título al volumen: “La prisión del amor”. Aquí Lara Zavala echa mano de una metáfora que bien resume la situación de atrapamiento de quien ama. Una alegoría que ya el español Diego de San Pedro había explorado en su novela sentimental *Cárcel de amor* de 1492. Sólo que nuestro autor explora el motivo de un modo mucho más literal al cifrarse en personajes que llevan al extremo la pasión amorosa a través del rapto o del secuestro, así sea implícito o explícito. Es el caso del narrador de *En busca del tiempo perdido* con Albertine, de Humbert Humbert con Lolita, del coleccionista de John Fowles con Miranda, de Pedro Páramo con Susana San Juan. Muy pronto nos vemos confrontados por la paradoja: ¿quién es el verdadero preso: la víctima amada o el victimario-amante-secuestrador? Si como dice el poeta sirio Adonis: “El pájaro está de paso / La jaula no tiene fin”, entonces no es gratuito que Lara Zavala culmine su ensayo precisamente con la novela de Pauline Réage: *Historia de O*, en la que la prisionera se erige a través de la sumisión en dueña soberana de su destino.

Una metáfora en apariencia banal. Quizá por eso al final del ensayo nuestro autor nos alecciona:

Pero cuidado de caer en la ingenuidad literaria. Al aludir a la locura, a la enfermedad y a la prisión del amor no he hecho más que recurrir a una imagen profundamente arraigada en el eros y en el imaginario de algunos artistas. La prisión del amor no sólo se asemeja a la prisión del arte sino que una y otra se alimentan mutuamente. A fin de cuentas no hay que olvidar que todos y cada uno de noso-



tros estamos presos en esta vida además de que nos encontramos irremediablemente encarcelados entre los meridianos y paralelos del mundo que habitamos.

He aquí, pues, la biblioteca mental de un lector-escritor con todos esos autores que lleva puestos, como un traje indeleble, desde hace años. De su experiencia podemos concluir: leer es escribir desde otros. He aquí a Lara Zavala, encarcelado él también en la prisión del amor, esa jaula sin fin, de sus escritores dilectos; convertido en escriba y amanuense de unos libros, por su mano y su pasión, ahora iluminados para nosotros. **U**

92 | REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO